

Humanidades y exilio en México

Adolfo Sánchez Vázquez

I

Las Humanidades comprenden las diversas ramas del saber que se relacionan directamente con el hombre como ser propiamente humano; es decir, como ser histórico, social y cultural y, por tanto, no como ser natural, físico o biológico. Pero, las Humanidades comprenden no sólo el saber que tiene al hombre, en su condición humana, como objeto, sino también las actividades creadoras, imaginativas —las propias de las artes y la literatura—, con las que se expresa y significa —intelectual, afectiva y sensiblemente a sí mismo—, a la vez que humanizan todo cuanto tocan.

Esta doble vertiente de las Humanidades —como saber y creación—, permite distinguirlas de las ciencias físicas, matemáticas y naturales, aunque estas ciencias, por su distinto objeto, método y fundamentación, su constante acceso a lo nuevo, no se da tanto como creación de realidades sino como descubrimiento e invención de ellas.

Así concebidas, las Humanidades abarcan —como saber— ramas tan variadas como la filosofía, la psicología, la historia y la prehistoria, la antropología, la economía, las ciencias políticas y sociales, la teoría del derecho, la pedagogía, las ciencias literarias y la lingüística. Y comprenden asimismo —como actividades creadoras e imaginativas—, o sea: todo el ancho campo de las artes plásticas, la música, la danza, el teatro y el cine, así como la literatura en sus diversas manifestaciones: poesía, narrativa, dramaturgia y ensayo.

II

Puede decirse que toda esta amplísima gama del saber humanístico y de la creación artística y literaria se halla representada en el exilio mexicano, lo que justifica el esquematismo de su exposición.

Con respecto a los intelectuales humanísticos, escritores y artistas que, forzados a abandonar su patria, tuvieron la fortuna de poder acogerse a la generosa hospitalidad que les brindaba el presidente Cárdenas conviene recordar de dónde venían y a dónde llegaban.

Vienen de la España republicana, de antes de la guerra, en la que las Humanidades impulsadas por una necesaria y ambiciosa política cultural alcanzan —como saber y como creación— un verdadero florecimiento. Puede afirmarse, sin exageración, que lo más representativo de ese auge cultural en la filosofía, la historia, las ciencias económicas y sociales, el derecho, la pedagogía, así como en la poesía, el cine o la música, llega a México.

Y llega, gran parte de este sector del exilio, con una obra madura y reconocida en su patria de origen. Y, sin embargo, es en México donde la mayoría de ellos enriquece y amplía esa obra originaria que algunos realizan casi en su totalidad. Baste citar, a este respecto, los casos de José Gaos, Gallegos Rocafull y Eduardo Nicol en la filosofía, o los de Emilio Prados y Pedro Galfarrán en la poesía, y el de Max Aub en los diversos géneros literarios que cultivó.

Ciertamente, si pudieron realizar esa obra ya sea en el terreno del conocimiento o de la creación, es no sólo por

su capacidad y esfuerzos respectivos, sino muy especialmente porque en México encontraron las condiciones de libertad de pensamiento e investigación o de creación indispensables —que en su patria no existían— junto con el respeto, el aliento y el reconocimiento de los gobiernos y de sus pares mexicanos.

Ahora bien, los intelectuales humanísticos, escritores y artistas exiliados no laboran en un terreno poco cultivado.

Por el contrario, el México de la época ofrece en el campo humanístico, cultivadores tan destacados como José Vasconcelos, Antonio Caso y Samuel Ramos en la filosofía; los poetas del grupo “Los contemporáneos” con Xavier Villaurrutia a la cabeza; los compositores Carlos Chávez y Manuel María Ponce; los novelistas Azuela y Martín Luis Guzmán; y los grandes muralistas Orozco, Rivera y Siqueiros en las Artes Plásticas.

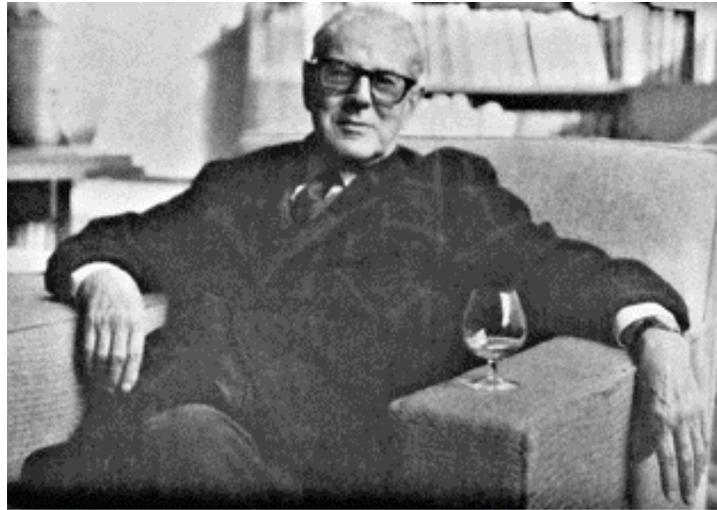
La aportación del exilio a la cultura humanística mexicana que los mexicanos reconocen sin regateo alguno debe aquilatarse teniendo en cuenta que no se hace en un terreno virgen o poco cultivado sino en el fecundo que ofrece sus frutos; lo que la hace aún más valiosa.

III

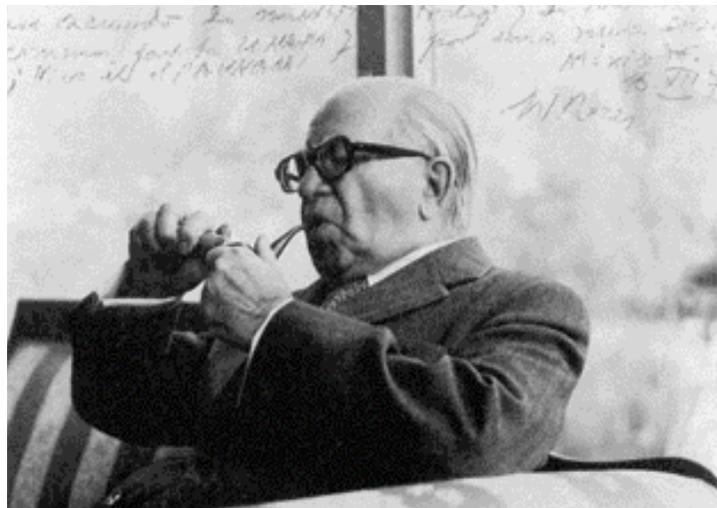
Pues bien, de esta aportación en el campo de las Humanidades nos ocuparemos a continuación. Pero, dada su extensión como saber filosófico y científico social y como creación artística y literaria, será difícil —como ya advertimos— dar una idea, aunque sea aproximada. Para ello sería necesario escribir libros enteros, aunque afortunadamente ya disponemos de algunos como son *El exilio español de 1939*, publicado en España bajo la dirección de José Luis Abellán, y *El exilio español en México*, volumen colectivo aparecido en este país.

Con la intención de despertar el interés por conocer la obra humanística del exilio de quienes no han tenido acceso a ese conocimiento, iremos dando los nombres más representativos en las diferentes ramas de las Humanidades así como de las instituciones que contribuyeron a su cultivo en el exilio mexicano.

Una filósofa, María Zambrano, que va a realizar toda su importante obra en el exilio, publica en México sus dos primeros trabajos: *Filosofía y Poesía y Pensamiento y poesía en la vida española*. Ya con una obra relevante y reconocida en España, que en México enriquecen y extienden, tenemos a José Gaos, Joaquín Xirau y Juan David García Bacca. En el caso de Gaos, a su fecundo y elevado trabajo de investigación, hay que añadir un Seminario de Historia de las Ideas en América Latina que desempeña un papel decisivo en la formación de un grupo de jóvenes filósofos mexicanos que dejan notables estudios, entre ellos Leopoldo Zea y Luis Villoro. Completan ese cuadro representativo de la filosofía española



Pedro Bosch Gimpera



Wenceslao Roces

en el exilio, José María Gallegos Rocafull, Eugenio Imaz y Eduardo Nicol y, formado totalmente en México, Ramón Xirau.

En el campo de la historia, llega a México, el patriarca de la historiografía española, Rafael Altamira y aún a tiempo de dejar algunos frutos. A él le siguen historiadores ya conocidos y reconocidos como Pedro Bosch Gimpera, Ramón Iglesias, Nicolau D’Oliver, José Miranda y Miguel y Vergés. Los historiadores exiliados no sólo prosiguen y enriquecen la historia que habían cultivado en España sino que se adentran en la realidad histórica que descubren en México.

Una figura señera en el campo de la antropología es la de Juan Comas que destaca no sólo por la extensión de su obra, sino también por el alto nivel de ella y por la huella que deja en sus discípulos, entre los cuales se encuentran jóvenes y brillantes antropólogos exiliados como Ángel Palerm, José Luis Lorenzo y Santiago Genovés.



Portadas de las revistas *Romance* y *Ultramar*, diseñadas por Miguel Prieto

Las Humanidades en el campo del derecho tienen representantes como Niceto Alcalá Zamora, Demófilo de Buen, Joaquín Rodríguez, Mariano Ruiz Funes, Luis Recasens Siches, Modesto Seara Vázquez y Regino Pedroso. Procedían de diferentes universidades españolas y, junto a sus valiosas investigaciones, fue importante su labor docente en la UNAM. En el caso de Manuel Pedroso que damos a título de ejemplo, el conocido escritor mexicano, Carlos Fuentes, recuerda una y otra vez la profunda huella que le dejó su paso por las clases de su maestro Pedroso en la Facultad de Derecho.

IV

En el campo de las ciencias económicas y sociales hay que destacar, entre los economistas exiliados, a Manuel Sánchez-Sa rto, asesor de importantes instituciones económicas mexicanas y a Antonio Sacristán Colás, director del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos. Y entre los economistas que, por su rigor profesional, merecen ser también recordados están Gabriel Franco y Vicente Herrero, consejero de Hacienda. Y, de una generación posterior, a Pedro Bosch García por sus servicios en la administración pública. Insisto en destacar en todos ellos el rigor y el profesionalismo con que se entregan e integran en la vida mexicana.

En las ciencias sociales, deja en México una profunda huella quien también la deja —como hemos visto— en la filosofía del derecho: Luis Recasens Siches, tanto en su cátedra de la UNAM como por su visión de inspiración orteguiana de la sociedad, sobre todo en su *Tratado*

General de Sociología. Y destaca, igualmente, Medina Echavarría. En España se había ocupado, sobre todo, de la filosofía del derecho; pero en el exilio dirige el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, y se consagra como importante sociólogo con su enseñanza y su obra, particularmente con sus reflexiones sobre la crisis social contemporánea.

En el campo de la pedagogía y la educación, uno de los más implacablemente castigados por la dictadura franquista, destaca la aportación del exilio tanto cuantitativa como cualitativamente, y ello, a su vez, tanto en el terreno teórico como en el práctico es muy relevante. Baste recordar, por lo que toca a la pedagogía, los nombres de Hernández, Martín Navarro, que trae el aire fresco de la Institución Libre de Enseñanza; Antonio Ballesteros, Dantón Canut, Emilia Elías, Regina Lagos, José Peinado Altable, Domingo Tirado Benedí y otros muchos. Su aportación es diversa; ya sea con sus obras, su cátedra en la Escuela Normal Superior o asesoría en la Secretaría de Educación Pública.

V

Veamos ahora la otra vertiente de las Humanidades —la de las artes y las letras— en la que el potencial creador, ya en España actualizado, se asienta y despliega en México.

Empecemos por la literatura y, dentro de ella, por la poesía. Ya señalamos antes el esplendor que, en los años de la República, había alcanzado con la Generación mal llamada del 27 que más propiamente debiera llamarse de la República pues fue durante ella cuando ofreció

La aportación del exilio a la cultura humanística mexicana se reconoce sin regateo alguno.

sus mejores frutos. Parte de esta generación se exilia en México con Emilio Prados, Luis Cernuda y Manuel Altolaguirre. Prados llega de España con una obra reducida, aunque ya reconocida, y escribe en el exilio casi la totalidad de ella. Cernuda escribe y publica en México poemas inolvidables y Altolaguirre enriquece lo que ya había escrito. Pero, llegan también León Felipe, José Moreno Villa, Pedro Garfias, Juan José Domenchina, José Carner, Ernestina de Champurcín, Agustí Bartra y Concha Méndez que mantienen y fortalecen también la vitalidad de la poesía española después de ser arrojada al exilio. Y con ellos, Juan Rejano que en México se da a conocer como poeta y Tomás Segovia que nace y madura poéticamente en el exilio. Si la poesía constituye tal vez la aportación literaria más alta, a lo largo de él, la narrativa no le va a la zaga sobre todo con la obra de Max Aub.

Aunque al exiliarse, su talento creador ya había sido reconocido, es en México, donde realiza, como muchos otros, una fecunda obra literaria que es hoy, justamente, la más conocida y reconocida en España. Sin dejar una producción tan extensa, pero de una calidad indudable, están también Manuel Andújar que irrumpe vigorosamente en la narrativa del exilio, y José Ramón Arana que refleja en sus novelas su compleja y sorprendente personalidad. Y con ellos el deslumbrante Paulino Masip del *Diario de Hamlet García*, y el Benjamín Jarnés, afin estilísticamente a los “puros” del 27. Y entre los narradores que nacen literariamente en el exilio, hay que recordar a José de la Colina, y entre las mujeres novelistas a Luisa Carnés, cuyo talento narrativo ya apuntado en España, da en el exilio sus mejores frutos.

La aportación en el teatro puede ejemplificarse con las obras dramáticas de autores ya reconocidos en otros géneros, como Max Aub y León Felipe y también con la labor de directores como Cipriano Rivas Cherif y Álvaro Custodio, que reaviva el teatro clásico español con

representaciones como las de *Fuenteovejuna* al aire libre en Chimalistac, que todavía hoy se recuerdan. Y en los escenarios mexicanos se hicieron famosos actores como Augusto Benedico y actrices como Ofelia Guilmain.

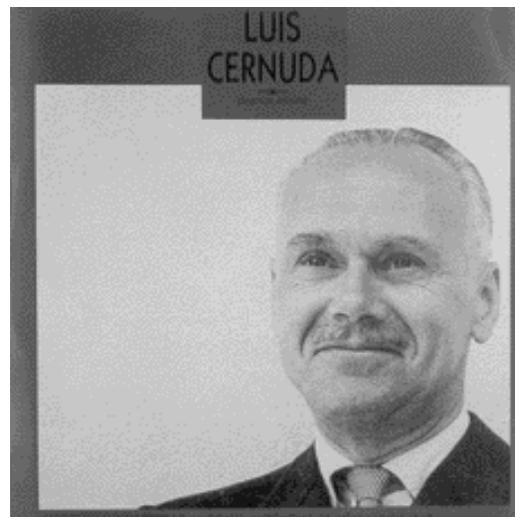
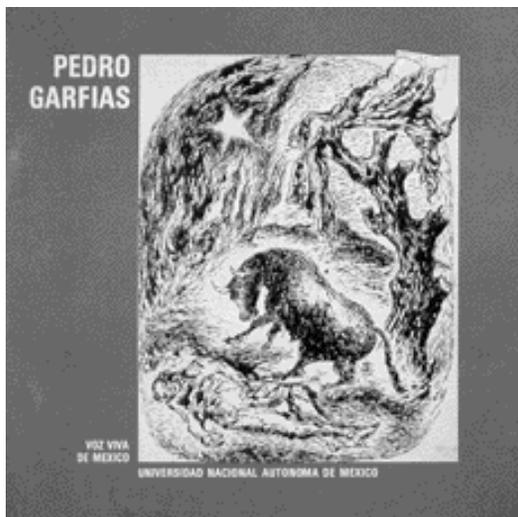
En la crítica y el ensayo literarios no se puede dejar de mencionar a Enrique Díez-Canedo, José Bergamín, Ramón Gaya, Juan Larrea, Sánchez Barbudo, Moreno Villa y Juan Rejano, entre otros. Todos ellos dan pruebas contundentes de su imaginación creadora, aguda inteligencia y fina sensibilidad.

VI

Dirijamos ahora una breve mirada sobre el campo de las artes plásticas. Aquí nos encontramos también con artistas que llegan a México con cierta obra y cierto reconocimiento pero que en el exilio madura y se enriquece. Tales son los casos de Miguel Prieto, José Renau —famoso cartelista de la Guerra Civil— y Antonio Rodríguez Luna, quien transita en el exilio —y siempre al más alto nivel de una pintura enraizada en la tradición española de Zurbarán y Goya a la pintura abstracta más enigmática. Un cuadro *Don Quijote en el exilio* se convierte en su símbolo pictórico más logrado.

Y una obra muy valiosa dejan también los pintores y/o dibujantes Remedios Varo, Aurelio Arteta, Arturo Souto, Ramón Gaya, Enrique Climent, Roberto Fernández Balbuena, Moreno Villa, Elvira Gascón, Manuela Ballester, Gabriel García Maroto, Lucinda Urrusti, Javier Oteyza y José Enrique Rebolledo. Miguel Prieto revoluciona el diseño gráfico —especialmente el de libros y revistas— y tiene un discípulo ejemplar, altamente creativo en Vicente Rojo.

Y en la arquitectura —y también de, una larga nómina— hay que mencionar a Jesús Martí, Sainz de la Calzada, Mariano Rodríguez Orgaz, Enrique Segarra, y





José María Gallegos Rocafull

a un estudiante de arquitectura, Félix Candela que llega a México como tal y se hace famoso mundialmente con la construcción de sus bóvedas liminares. En México, tierra de grandes arquitectos desde los tiempos prehispánicos hasta nuestros días, los exiliados que hemos nombrado y otros, dejan también su huella en la arquitectura.

Y lo mismo puede decirse de la escultura, teniendo en cuenta la gran tradición prehispánica que asombró a Moore y marcó a la escultura de la vanguardia escultórica del siglo XX. Pues bien, sobre el fondo de la gran escultura mexicana, tenemos en el exilio español a Alfredo Just, Premio Tolsá de la Academia de San Carlos, Carlos de Valencia, con su magnífico busto de León Felipe, y la estatua ecuestre de Pancho Villa, Mateo Fernández de Soto y Víctor Trapote.

VII

Al referirnos ahora a la aportación del exilio al cine, un nombre —por el reconocimiento mundial de que ha sido objeto— el de Luis Buñuel, sale inmediatamente a nuestro encuentro. Buñuel llega a México con cierto renombre por la película surrealista *La edad de oro* con la que había escandalizado al público habitual. Pero es en el exilio mexicano donde realiza gran parte de su obra y, particularmente la cinta que lo lanzó a la fama mundial, *Los olvidados*, obra genial de un exiliado español sobre un tema lacerante de la vida real. A la sombra de Buñuel, muestra también su talento creador otro director, Manuel Alcoriza y, asimismo, sobre un tema mexicano, pero en tono festivo, en la película *Mecánica nacional*.

La aportación del exilio al cine, prosigue con Carlos Velo quien se consagra como gran director con una película, *Torero*, en la que el protagonista de la fiesta taurina

aparece con un enfoque humano muy original. Y un excelente trabajo de dirección muestra también el filme *En el balcón vacío*, de Jomi García Ascot, Premio de la Crítica del Festival de Locarno. La aportación del exilio a la producción cinematográfica mexicana se da en otras áreas, como la escenografía: baste mencionar a Manuel Fontanals, el escenógrafo por excelencia de la llamada “época de oro” del cine azteca, y dentro de ella, de las películas, *Las abandonadas*, *Río escondido*, *Bugambilia* y otras del director Emilio Fernández. Y como guionista o adaptador de producciones cinematográficas del poeta Manuel Altolaguirre y de *Raíces*, de Carlos Velo, recordemos a Eduardo Ugarte.

VIII

La contribución de los exiliados a la vida musical mexicana se manifiesta en sus diversas facetas. En la de la composición, el primer nombre que viene a nuestra memoria es el de Rodolfo Halfter, asociado en España en la rama musical al de la Generación del 27. En México compone obras tan diversas e inspiradas como el *ballet La madrugada del panadero*, el *Concierto para violín y orquesta* y *Obertura festiva*. Destaca también como director de orquesta y colabora activamente en la revista *Nuestra música*. La vida musical mexicana de los años 40 a 60 del siglo XX no podría concebirse sin su intensa participación en esta cooperación con el mexicano Carlos Chávez. Y a la contribución de Halfter, en el terreno de la composición, hay que agregar la de Gustavo Pittaluga, asociado también a la Generación del 27, y que en el exilio produce el *ballet La primavera de los comodos* y la música de fondo para la película *Los olvidados* de Buñuel.

Como musicólogos llegan a México, con una sólida formación, para dejar en él sus mejores frutos, Adolfo Salazar, Jesús Bal y Gay y Otto Mayer-Serra.

Para completar el cuadro de la presencia de los exiliados en la vida musical mexicana, señalemos que alcanza incluso al cante flamenco y a la música popular ejecutada por la Banda Madrid que continúa en el exilio la actividad que, desde el Quinto Regimiento, había desplegado en los frentes.

IX

Tal es la aportación del exilio en las Humanidades tanto en la esfera del saber como en la de las letras y las artes. Pero nuestra exposición quedaría incompleta si no dedicáramos algunas palabras sobre los medios o instituciones que contribuyeron a esa aportación y a las que los exiliados se hallan vinculados como fundadores o por su participación en ellas, beneficiándose de las condiciones favorables que les ofrecían para su labor.

Tenemos, en primer lugar, a El Colegio de México, en el que desembocó la Casa de España en México, fundada a iniciativa de grandes intelectuales mexicanos y con el apoyo del presidente Cárdenas, para que un selecto grupo de intelectuales españoles pudieran continuar su trabajo lejos del estallido de las bombas. Y en la Casa de España se cumple una fecunda labor en el campo de las Humanidades que hereda y extiende a El Colegio de México, bajo el impulso y aliento de dos ilustres intelectuales mexicanos Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas.

Tenemos también una institución ejemplar, el Ateneo Español de México, fundada por los intelectuales españoles en los primeros años del exilio para continuar en México la obra y la gran tradición humanista y liberal del Ateneo de Madrid. Por su tribuna pasaron la mayor parte de los humanistas que hemos nombrado.

Otra gran institución, a la que —como hemos visto— está vinculada una parte importante de los exiliados en las Humanidades, es la Universidad Nacional Autónoma de México al integrarse en sus Facultades y Centros o Institutos de Investigación humanísticos. La aportación de un amplio sector del exilio intelectual sería inconcebible sin las condiciones que la UNAM les ofrecía para aportar los frutos humanísticos que dejaron en la cátedra y en sus investigaciones.

Pero, esta obra en el campo de las Humanidades tiene que vincularse también con las editoriales que, en algunos casos, fundaron como las editoriales Grijalbo y Era, y en otros, a fortalecerlas y extenderlas y diversificar su producción. Tal es lo que sucede emblemáticamente con el

Fondo de Cultura Económica al que aportan sus obras originales y traducciones José Gaos, Joaquín Xirau, Eugenio Imaz, Wenceslao Roces, Florentino M. Torner y otros contribuyendo así a que el Fondo de Cultura Económica se convirtiera en el faro que iluminaba el campo de las Humanidades en toda la América Hispánica.

La aportación humanística del exiliado español en México se hace patente también en las revistas que fundaron *España Peregrina*, *Romance*, *Las Españas Ultramar*, *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles en México*, y otras, así como en sus colaboraciones en las revistas mexicanas, *Taller*, *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, *Cuadernos Americanos*, en los suplementos culturales de *Novedades*, *El Nacional* y la revista *Siempre*. Y en las revistas de las distintas facultades humanísticas de la UNAM.

Y si se trata de la promoción de las Humanidades, o sea de las letras y de las artes, al apoyar intelectual y materialmente a diversas instituciones, financiar premios, congresos y publicaciones, hay que subrayar la aportación ejemplar, de Eulalio Ferrer, de la que es testimonio sin paralelo la donación de su Museo Iconográfico del Quijote al pueblo mexicano y a la ciudad cervantina por excelencia: Guanajuato.

Y con esta generosa aportación cerramos nuestra exposición del venturoso encuentro en México del exilio y las Humanidades.

¿Qué alcance o valor puede atribuirse a esta aportación del exilio en México en el campo de las Humanidades?

Ciertamente no somos nosotros, los antiguos exiliados, los más indicados para hacer semejante valoración.



Retratos de Joaquín Díez-Canedo y Max Aub hechos por José Moreno Villa



León Felipe y Max Aub, 1963

Pero, a este respecto, hay que tomar nota de que los mexicanos, desde el primer momento y hasta nuestros días, han reconocido y apreciado—sin regateo alguno—y como una parte integrante del capítulo contemporáneo de la cultura de su país, la aportación del exilio, y en particular, en el campo humanístico.

Ahora bien, en cuanto al mismo reconocimiento y valoración de España, sin desconocer los que se han dado y se están dando en estos últimos años, es innegable que durante largo tiempo han faltado en España. Primero, por razones obvias: ¿Cómo podía reconocerse y apreciarse, bajo la dictadura franquista, la obra de quienes eran estigmatizados como parte de la “Anti-España”, y como la antítesis de la “cultura”—llamémosla así—de la España imperial, integrista y totalitaria, impuesta oficialmente por la Iglesia y la Falange?

En estas condiciones históricas lo que procedía era la losa implacable del olvido, de la desmemoria, y cuando algún nombre u obra del exilio salía a la luz, su satanización. Menos comprensible, o incomprensible, era para nosotros, los exiliados, que la desmemoria se prolongara como política oficial, aunque sin asumirse como tal, en los años de la transición a la democracia, e incluso años después cuando ya se habían consagrado constitucionalmente principios y valores que los republicanos habían defendido y mantenido en el exilio.

Aunque el olvido pudiera justificarse temporalmente como una concesión indeseable, pero necesaria, a la des-

memoria, a la frágil convivencia de los primeros años, ese olvido duró demasiado y, con él, el reconocimiento de la aportación del exilio.

¿Qué alcance tiene esa aportación? Por lo que toca a las Humanidades se podría aplicar al conjunto de ellas lo que nuestro gran poeta León Felipe dijo, en unos versos memorables, de la poesía: que los poetas del exilio se habían llevado con ellos la canción. Y, en verdad, con respecto a la obra que el exilio dejó en el campo de las Humanidades —y de la que hemos tratado de dar una idea aproximada— podemos sacar estas conclusiones:

Primera. Que en contraste con la sequía del desierto cultural franquista de los años 40 y 50, en el exilio mexicano se escribió el capítulo de la cultura humanística que no se escribía ni se podía escribir en España.

Segunda. Que este agudo contraste se prolongó durante años hasta que, en el interior de esa España martirizada, contra viento y marea, y en las condiciones más hostiles, volvió a escucharse débilmente al comienzo, y con mayor fuerza cada vez, la canción de la cultura humanística. Lo que hizo que el propio León Felipe se rectificara a sí mismo en un prólogo a la poesía de Ángela Figueres.

Tercera. Que en la obra cultural del exilio en México, tantos años hundida en España en el olvido, está siendo rescatada de la desmemoria durante estos últimos años, pero que, no obstante lo que ya se ha alcanzado en este terreno, es mucho lo que falta por alcanzar.

Ahora bien, si se trata de reconocer la aportación del exilio en México, el primer reconocimiento tiene que ser a quien lo hizo posible, con la generosa hospitalidad que brindó el presidente Lázaro Cárdenas, en una forma desinteresada, con el apoyo del pueblo mexicano y la solidaridad de lo más representativo de la intelectualidad mexicana. Y si se trata, como es ahora el caso, de reconocer desde España lo que hizo posible la aportación del exilio en el campo de las Humanidades hay que tener presente, entre otras instituciones, pero en primer lugar, a la Universidad Nacional Autónoma de México. Al abrir sus puertas a los humanistas y ofrecerles las condiciones indispensables para realizar su obra, en la cátedra y en la investigación, contribuyó decisivamente a la aportación del exilio en el campo de las Humanidades. **U**

Conferencia pronunciada en el Homenaje a Lázaro Cárdenas en Madrid, España, en octubre de 2005.

Las humanidades de la España republicana, impulsadas por una necesaria y ambiciosa política cultural, alcanzan un verdadero florecimiento.